

Pandemia y virtualidad: Bienvenidos a Solaria

Ángel Bajarlía¹

Resumen

El autor de la nota nos cuenta su experiencia como docente en educación virtual y home office comparando la realidad que nos toca vivir en una cuarentena con la forma de vida de un planeta imaginado por Isaac Asimov en 1956.

Palabras clave

Virtualidad- educación – teletrabajo – pandemia – robótica

Desde muy joven me aficioné a leer ciencia ficción y a ver series de culto como *Star Trek*.

Tanto en los libros como en las series los personajes interactuaban con adelantos tecnológicos que nos parecían una fantasía, pero que hoy se han vuelto una realidad tangible. Ejemplo de esto es la calculadora electrónica a la que hace referencia Isaac Asimov en su saga de libros llamada *Fundación*. También hablar con las computadoras, como hacemos hoy con Siri o con el asistente de Google y, sobre todo, la comunicación a distancia por medio de videollamadas.

Siempre imaginé que todos esos inventos algún día serían realidad, pero nunca llegué a pensar que una pandemia en el siglo XXI nos llevaría a vivir en Solaria, un mundo imaginado por Isaac Asimov en su novela *The Naked Sun (El sol desnudo)* publicada

¹ Editor de video y cine que trabaja profesionalmente desde los 19 años. Trabajó en los canales de televisión 13 y 9 de la ciudad de Buenos Aires y en las principales empresas de postproducción de Argentina. Asimismo, es responsable de la postproducción y corrección de color de largometrajes cinematográficos. Comenzó su carrera docente en el año 2001. Es profesor adjunto concursado en la cátedra de Montaje I en la carrera de Diseño de Imagen y Sonido de la UBA y Profesor a cargo de las cátedras Introducción a la tecnología y Tecnologías de postproducción I y II de la Lic. en Producción y Dirección de TV, Cine y Radio de la Universidad de Belgrano.

en 1956 en forma de entregas para la revista *Astounding Science Fiction* y como novela en 1957.

Solaria era un planeta colonizado por seres humanos, una comunidad pequeña y próspera de solo 20.000 habitantes, que contaba con millones de robots programados con diferentes especialidades que se ocupaban de todas las tareas. El planeta contaba con grandes extensiones de terreno deshabitado y si bien poseían vehículos para trasladarse con rapidez, nadie se movía de su casa: no existían ciudades ni el contacto directo entre personas.

La gente se visualizaba a través de imágenes tridimensionales que eran tan perfectas que daban la impresión de ser reales. Así, podían comer juntas varias personas, aunque cada una estuviese en su casa, jugar al ajedrez o hasta pasear por el campo en compañía de otra persona. La gente se “visualizaba” pero no se veía. Verse implicaba, por ejemplo, poder tocarse u olerse. Pero la visualización era simplemente una imagen holográfica de la persona, pero no la persona en sí misma. La diferencia tiene cierta lógica.

La sola idea del contacto físico les parecía repugnante. Los matrimonios convivían en la misma casa, pero cada integrante de la pareja tenía sus propias habitaciones y se visualizaba con el otro cuando era necesario. Solo mantenían contacto físico cuando era imprescindible, por ejemplo, cuando les asignaban tener hijos.

Solo mantenían relaciones con ese fin y los fetos después del primer mes de gestación eran criados en granjas sin ningún tipo de contacto con sus padres. Es más, casi nunca sabían quienes habían sido sus progenitores. De esta manera, Solaria mantenía un perfecto control de la natalidad y la posibilidad de dejar llegar inmigrantes de otro planeta era muy remota.

Asimov imaginó un mundo de contacto exclusivamente virtual, pero no el de la fertilización in vitro como sí lo pensó Aldous Huxley cuando escribió *Brave New World* (*Un mundo feliz*) en 1932.

En realidad, desde hace tiempo empezamos a vivir poco a poco como en Solaria, pero la pandemia potenció y aceleró algunos cambios en nuestras costumbres.

Hoy no podemos viajar a otros países, pero al menos sí visualizarnos. Nos quejamos de la falta de contacto, pero hace tiempo que pagamos nuestras cuentas por home

banking, compramos autos viéndolos por realidad virtual y las compras por Internet son algo cotidiano. Los chicos juegan en red cada uno desde su hogar y ya es muy raro que se reúnan en la casa de algún compañero cuando tienen que estudiar juntos o hacer un trabajo grupal.

Si concurríamos a un restaurant, en casi todas las mesas observábamos que la gente, en lugar de conversar mientras esperaba su comida, estaba pendiente de la pantalla de su celular, elemento que hoy día se ha convertido en una herramienta permanentemente conectada a nuestro cerebro.

Si viajamos en transporte público, ocho de cada diez personas con auriculares viajan inmersas en las pantallas de sus teléfonos, desconectados totalmente del mundo real. Llegó la cuarentena y la virtualidad se llevo lo físico por delante obligándonos a permanecer encerrados y a vivir en un mundo semejante a Solaria.

Como toda peste en la historia de la humanidad, tarde o temprano, con vacuna o sin ella, va a desaparecer. Dejará un lamentable número de víctimas, pero también un cambio de paradigma inevitable en la sociedad. El home office era una modalidad de trabajo en algunas empresas, pero hoy ha quedado demostrado qué es útil para todos y que puede redundar en una baja de costos y en un aumento en la eficiencia.

Seguramente llegó para quedarse.

Además de docente en la Universidad de Belgrano y en la Universidad de Buenos Aires, soy editor de video y colorista. El trabajo a distancia en estos rubros es una realidad totalmente factible. Todos los desarrollos tecnológicos en mi profesión están orientados a flujos de trabajo en la nube. Si necesito hacer un trabajo de edición o corrección de color, no importa en qué lugar del mundo me encuentre, puedo alquilar un servidor y una computadora en Brasil, Estados Unidos o Europa y trabajar a distancia: solo se requiere una buena conexión a Internet y una laptop.

El periodismo televisivo tampoco requiere mucho más: las cámaras actuales permiten conectarse por la red de telefonía celular y salir en vivo o enviar las imágenes a un servidor del canal, que puede empezar a editarlas incluso mientras se van registrando. El GPS de la cámara, además, indica en todo momento la ubicación exacta del equipo.

Esto no es ciencia ficción. Es realidad.

Poly es una empresa que se dedica a fabricar todo tipo de periféricos y accesorios para videoconferencias. Hace tan solo unos meses lanzó toda una línea diseñada especialmente para Zoom. Incluso la misma gente que trabaja en esta aplicación ha decidido aprovechar el crecimiento que ha tenido gracias a la pandemia y ha apostado por la venta de hardware con su Tablet “Zoom for home”. Se trata de una pantalla táctil de 27 pulgadas con un pie de mesa, tres cámaras, ocho micrófonos y una pizarra. Se puede escribir o dibujar sobre ella y eventualmente usarla como monitor auxiliar de cualquier computadora.

También en la asistencia robótica estamos pareciéndonos cada día más a Solaria.

En Israel, los enfermos aislados por Covid-19 en los hospitales de campaña son atendidos por robots para evitar contagios. Por otro lado, la exploración de otros planetas está siendo llevada a cabo por máquinas. También los automóviles son fabricados por robots y se está trabajando para que en el futuro se ocupen de la asistencia a personas para alimentarlas, vestirlas e higienizarlas.

Por supuesto que estos desarrollos también implican riesgos y por eso se ha incorporado como nueva asignatura en algunas carreras de ingeniería e informática en los Estados Unidos una nueva disciplina denominada *roboética*.

La empresa a la que pertenezco es mediana, con un número importante de empleados y siempre de forma presencial (actualmente ha vuelto a operar de esa manera), pero cuenta con un departamento de Sistemas que trabajó contra reloj para que cada empleado se llevara la computadora de la oficina a su casa y pudiera seguir trabajando casi de la misma manera que en la oficina con acceso a los servidores de la empresa. No estuvo paralizada en ningún momento. Como se dedica a ventas por teléfono e Internet, no le costó mucho adaptar su estructura a la nueva normalidad.

Pero volvamos a Solaria... a nivel educativo no nos quedó más remedio que vivir como en ese planeta que imaginó Asimov a fines de los '50.

La tecnología impidió que los estudiantes perdieran el año. En lo personal, me gusta mucho la tecnología y la temática de mis clases gira alrededor de ella, por eso la adaptación me resultó sencilla. Sin embargo, tengo que admitir que rediseñar mis clases implicó mucho más trabajo que preparar mis cursos presenciales.

Además de utilizar mis herramientas habituales como Microsoft Power Point, Prezi y Keynote, preparé y edité muchos más videos que de costumbre e incorporé nuevas herramientas que me permitieron mostrar y profundizar algunos temas incluso mejor que en la clase presencial.

A diferencia de muchos de mis colegas, que todavía piensan que la educación a distancia es solo una forma de paliar la emergencia y que todo volverá a ser como antes, la cuarentena me encontró mentalmente preparado para la virtualidad debido a que desde el año pasado estaba proyectando una plataforma para dictar clases online con el objetivo de captar alumnos del interior y del exterior del país.

Ahora todo el mundo se comunica por Zoom, pero cuando abrí mi propia cuenta en enero de 2020 nadie lo conocía. También aprendí a usar plataformas como Moodle y Classroom.

En las clases de capacitación que nos brindó la Universidad me llamó la atención el problema de adaptación de muchos de mis colegas a la nueva modalidad. Realmente la estaban padeciendo y, en muchos casos, era gente mucho más joven que yo (quien escribe tiene 60 años).

Lo que aprendí en mis años de profesión es que si no nos adaptamos a los cambios (nos guste o no) nos veremos obligados a dedicarnos a otra cosa. Por eso para mí esta situación solo implicaba un nuevo desafío.

Es cierto que el contacto presencial con los alumnos es otra cosa y que extraño sentarme a leer y tomar un café en el bar de la facultad. Por suerte, todavía no llegamos a ser tan “solarianos” y nos gusta el contacto social.

Desde el punto de vista de los alumnos, al menos en mi experiencia personal, observo que se adaptaron muy bien a la modalidad virtual, sobre todo los veteranos de tercer año. Para los que empezaban primer año fue un poco más difícil pero tampoco grave.

En realidad, la respuesta fue la que esperaba por parte de ellos. Se encontraban mucho mejor preparados para la virtualidad que los adultos porque viven comunicándose entre sí a través de diferentes aplicaciones y redes sociales.

El rendimiento fue bastante bueno y aunque al principio pensé que iba a ser imposible, pudimos realizar trabajos prácticos grupales, aunque no tuvieran contacto físico entre ellos. Es más, las limitaciones que tuvieron, como no poder filmar juntos ni alquilar equipos, hicieron que quizá fueran más creativos de lo que hubieran sido en condiciones normales.

Las clases se dictaron en modalidad sincrónica, por lo que, a pesar de estar en un entorno virtual, no faltó la interacción entre alumnos y docentes.

En otra universidad estoy dictando mis clases grabadas en modalidad asincrónica, pero al momento de escribir esta nota no he podido todavía evaluar los resultados.

A título personal considero que en los niveles de educación primaria y secundaria hay que priorizar la modalidad presencial y en el caso de la universitaria recurrir a un sistema mixto donde la virtualidad sea un complemento de la clase tradicional.

La virtualidad, al igual que en Solaria, eliminó las distancias físicas y me permitió concurrir a eventos y coloquios internacionales y compartir experiencias con docentes de otros países. Pero más importante aún ha sido que exalumnos que están viviendo en el exterior pudieron retomar la carrera cursando desde su país de residencia.

Nuestra sociedad desde hace tiempo que está globalizada y, si bien no creo que llegemos a vivir como en Solaria (al menos por bastante tiempo), la virtualidad llegó para quedarse y no hay vuelta atrás.

Fuentes consultadas

Asimov Isaac (1957). *The Naked Sun*, U.S.A, editorial Doubleday.

Timón Ágata (2020) *Matemáticas para que los robots nos ayuden a vestirnos*, <https://elpais.com/ciencia/2020-08-04/matematicas-para-que-los-robots-nos-ayuden-a-vestirnos.html>